

nal hispano imperial. Ambas cualidades pasaban entre los políticos míopes de Viena por sinónimas; para ellos era indudable que un partido nacional español tenía que ser forzosamente habsburgo; y siendo esto así ¿a qué trabajar mucho? Efectivamente, el gobierno imperial hizo muy poco para realizar su plan. El embajador en Madrid, Harrach hijo, falto de todo discernimiento y habilidad diplomática, no supo aprovechar siquiera la circunstancia de haber recuperado la reina toda su influencia omnipotente sobre su esposo, y de estar á la sazón el ministro Oropesa íntimamente ligado con la reina. Pasaron meses sin la mas leve tentativa de parte del embajador para aprovechar tan felices circunstancias; mientras el cardenal primado, y por consiguiente el clero, clase tan influyente, se echaban por odio á la reina en brazos del partido francés. El gobierno de Viena tampoco hizo nada por su parte, como que en su concepto no tenía que hacer mas que extender la mano para que el deseado fruto cayera en ella una vez sazonado. Ni pensaba en regalar dinero á los grandes de España ni hacer envíos de tropas para defender allí con las armas directa ó indirectamente los intereses de la casa de Habsburgo; pero cuando en España se supo que despues de firmarse la paz de Carlovicz el emperador reducía su ejército considerablemente; al ver que consolaba á los españoles con meras promesas rehuyendo todo compromiso, y que en cambio exigía de los mas influyentes hasta sacrificios pecuniarios á favor de su causa, le abandonaron los grandes unos tras otros, y convencidos ya de que el emperador era incapaz de proteger á la España contra los ataques de la Francia, se pasaron al partido francés dirigido por Harcourt.

La suerte siguió protegiendo á este embajador. El pueblo de Madrid, excitado todavía por el primer convenio de repartición, y á la sazón por la carestía de víveres, que como añeja costumbre en España, se atribuía siempre al mal gobierno de la nación, é impulsado secretamente por los enemigos de la reina, se amotinó desenfrenado en abril de 1699 y obtuvo la destitución y destierro de Oropesa á quien trece meses antes habia saludado como á su salvador. Pasó con esto la dirección de los negocios á manos del cardenal Portocarrero y sus parciales. El primado, apoyado por el favor de las masas y del clero, despidió del consejo de Estado y de todos los empleos á los contrarios á su política, reemplazándolos con parciales suyos.

En estas circunstancias divulgóse en el verano del año 1699 la noticia del nuevo convenio de repartición, la cual produjo en Madrid la excitación consiguiente. Harcourt veía deshechos todos sus trabajos; las muchas promesas que habia hecho á los grandes resultaban mentidas, y viendo así perdida toda la esperanza para los proyectos franceses, solicitó su relevo. ¡Cosa notable! el furor nacional no se pronunció directamente contra Luis XIV, del cual los españoles creían que no tomaba tal partición en serio, sino contra las dos potencias marítimas, que por segunda vez disecaban con toda sangre fria el imperio español en vida de su monarca, como si fuera un cadáver inerte, sin dignarse inquirir siquiera si la España convenia en ello ó no. A consecuencia de esto, propasóse tambien el embajador español en Londres hasta á insultar al rey Guillermo, obligándole á romper toda relacion diplomática entre los dos países.

Todo esto contribuyó en favor de los proyectos franceses, y en Madrid empezaron á oírse ya voces de que el mejor medio de evitar la desmembración de la monarquía, seria, atendida la impotencia del emperador, nombrar heredero de la corona á un nieto menor de Luis XIV.

En todas las cortes protestaron los representantes españoles contra el convenio de repartición de la monarquía, y en

vista de esto tambien lo rechazó el gobierno de Viena, al cual quedaban todavía dos caminos para sacar provecho de la cuestión de sucesión; el primero era buscar una inteligencia directa con Francia para ver si se sacaban así concesiones mas favorables á los intereses austriacos, y el segundo consistía en el envío inmediato de grandes sumas de dinero á España, en poner en pié de guerra un gran ejército, y entenderse directamente con el gobierno en Madrid para la adopción de un plan de operaciones con las fuerzas unidas de ambas familias reinantes y consanguíneas contra todos los intentos de partición; porque solo así podía tener un sentido racional la oposición del Austria al tal repartimiento. Desgraciadamente se habian persuadido el emperador y la mayoría de sus consejeros de que «la firmeza» del Austria al rechazar tan indigno convenio, haria tal impresion en Madrid, que toda la nación se pasaria llena de entusiasmo al partido imperial! ¡Qué firmeza tan pueril sin medios para hacerla prevalecer!

Contentísimo se puso Luis al saber el efecto que la noticia del convenio de partición habia producido en Madrid. Sin cuidarse de escrúpulos por el convenio hecho con Inglaterra y Holanda, encargó á Harcourt que atizara el movimiento y que animara esta corriente entre los grandes del reino; y como no habia llegado todavía el momento de firmar el convenio en Londres y en el Haya, mandó Luis XIV á su ladinio embajador cerca de Guillermo III, llamado Tallard, que continuara negociando la repartición sin concluir, por supuesto, hasta nueva orden.

Cuando, finalmente, se hubo firmado el convenio, se comunicó el hecho oficialmente al embajador español en París. Carlos II se resintió profundamente de aquel hecho, tanto mas, cuanto que con su solemne protesta creía haber acabado de una vez por el resto de su vida con todos estos pruritos de repartición. Partidario sincero de la rama alemana de su familia, estaba resuelto á oponerse con todas sus fuerzas, unidas á las de los Habsburgos alemanes, á la realización de tal tratado, y escribió con este objeto dos cartas de su propio puño al emperador suplicándole le auxiliara con su consejo y medios pecuniarios considerables, prometiendo en cambio reservar toda la monarquía española sin merma alguna para la rama primogénita y principal de la familia. El consejo de Estado de Madrid propuso repetidas veces el plan, acordado en su seno por unanimidad de votos, de nombrar heredero á un príncipe francés, á fin de impedir el desmembramiento de la monarquía española; pero siempre sin resultado. Mas tampoco llegó decisión alguna de Viena, donde los gobernantes opinaban que aun sobraba tiempo; que no habia motivo para precipitarse, ni habia por lo pronto fondos para dar á Carlos II los auxilios en metálico y tropas que pedia; que la causa de la casa imperial no corria ningun peligro en España, que estaba bien asegurada; y que no habia que hacer mas que tener «firmeza y perseverancia.» El descontento que mostró el parlamento inglés por el segundo convenio de repartición, bastó para confirmar á los ministros del emperador en su estólida confianza y satisfacción.

No los imitaba por cierto Luis XIV, que se mostraba cada día mas enérgico en Madrid y hablaba mas recio. Llamó á su embajador Harcourt y fué aumentando continuamente las tropas en la frontera española, hasta que Carlos II empezó á encontrar la situación demasiado grave. Este momento aguardaba y aprovechó Portocarrero para aconsejar al rey que oyera en estas circunstancias á los jurisconsultos mas eminentes y á las autoridades municipales de las ciudades mas importantes del reino. Todos se pronunciaron en favor del príncipe francés, porque era realmente la voz y opinión de toda la nación. Además, propuso Portocarrero al rey

consultar al Sumo Pontífice, y Carlos, angustiado entre el clamor de su pueblo y el amor á su familia, creyó encontrar la tranquilidad de conciencia en la sentencia del Papa, que no dudaba se decidiria entre las potencias marítimas y el emperador tan devoto y buen católico, en favor de este último.

Muy equivocado estaba. El rigor decidido que Luis XIV habia desplegado en la persecución de los jansenistas y hugonotes le habia procurado desde larga fecha las simpatías de los jesuitas, que ya le habian apoyado abiertamente cuando su disensión con Roma. A estas disposiciones favorables se habian añadido las del sacro colegio y las del mismo papa Inocencio XII cuando la completa mudanza de Luis en sentido devoto y de obediente hijo de la Iglesia, sumiso á los mandatos de la curia allá por el año 1690, época en que convenia á Roma perseguir á los quietistas. Desde entonces consideraba Roma á la Francia, como antes habia considerado al Austria, es decir, como la potencia que mejor podía y debia apoyar y defender la Iglesia en su lucha contra los países herejes, Inglaterra, Holanda, Suecia y Brandeburgo.

Políticamente tambien prevalecia en Roma la opinión de que solo podía conservarse la integridad de la monarquía española uniéndola á la Francia, y que solo así se podía contrarrestar la influencia y propaganda calvinista en la Bélgica ortodoxa. El resultado fué que tanto el Papa como los cardenales aprobaron el parecer del consejo de Estado español, atendido que se basaba sobre la necesidad de conservar la integridad de la monarquía, que de ningun otro modo podía quedar mas garantida.

En vista de esto, ya no resistió el rey Carlos, y aunque de mala gana hizo á principios de octubre de 1700 un testamento, en el cual nombró sucesor suyo para toda la monarquía española al duque Felipe de Anjou, hijo segundo del Delfín, bajo la condición de que jamás se reunirían en una sola cabeza la corona de España y la de Francia. Cuatro semanas despues ya era Carlos II cadáver. El último descendiente del emperador Carlos V murió en 1.º de noviembre de 1700. Su testamento fué abierto y saludado con júbilo por toda España, porque todo el mundo creyó salvada tan gloriosa monarquía. Portocarrero, jefe del partido francés, se puso á la cabeza del gobierno interino é invitó á Felipe de Anjou á tomar posesión de España y de sus Indias.

Nadie se alzó en favor del archiduque Carlos; pero desde todos los países estaban fijas las miradas en la corte de Versalles, donde entonces debia decidirse la cuestión. Luis XIV reunió un consejo extraordinario compuesto de los príncipes de la sangre, los grandes del reino y los funcionarios superiores. No cabia duda de que la Francia estaba ligada por el convenio segundo de repartición, firmado solemnemente seis meses antes. El nieto mayor del monarca, el duque de Borgoña, heredero presunto de su padre el Delfín, unido á un número respetable de hombres prácticos y reflexivos, aconsejó al anciano monarca con grandes instancias que cumpliera lealmente lo pactado, y se dedicase á mejorar el país y curar los males que le afligian, en lugar de precipitarlo de nuevo en aventuras de dudosos é incalculables resultados. Desde algunas semanas antes se habia mostrado la corte de Viena mas tratable, y habia motivos fundados para creer que aceptaria el convenio de repartición atendido su aislamiento, su falta de aliados y de medios de hacer la guerra; pero á la verdad todo aquel gran consejo no era mas que un simulacro de Luis XIV, que con su ministro, el marqués de Torcy, hijo de Colbert Croissy, estaba perfectamente y de larga fecha decidido á aceptar el testamento de Carlos II. ¿A qué curarse de obligaciones contrai-

das cuando las circunstancias brindaban con ventajas mayores? El ejército francés, compuesto de 150,000 hombres, podía reirse de los 40,000 del emperador; toda la monarquía estaba á disposición de la Francia; y de las dos potencias marítimas, muy particularmente de Inglaterra á causa de la actitud en que estaba su parlamento, no habia que temer ninguna resistencia. Además ¿no habia resistido Luis XIV á toda la coalición de las naciones europeas, inclusa la España de su parte? ¿Había de asociarse la Francia á las demás potencias para hacer la guerra á España porque esta no queria otro rey sino el nieto de Luis XIV? En cuanto á faltar al convenio firmado ¿no habia el pretexto muy plausible de que el emperador, constante y tenazmente se habia negado á admitirlo? Verdad era que segun los artículos de este tratado la no aceptación del emperador no podía invalidarlo y sí solo servir de puro pretexto; pero ¿qué importaba esto á Luis XIV?

En fin, el interés dinástico y eclesiástico vencieron é inclinaron la balanza á favor de la aceptación; y en 16 de noviembre presentó el rey al embajador español á su nieto, el duque de Anjou, con las palabras: «Podéis saludarle como vuestro rey;» á lo que contestó el embajador: «Ya no hay Pirineos.» Se habia consumado todo, y el embajador tenia razon respecto de los Pirineos, porque Luis no soñaba siquiera en dejar ser á su nieto rey independiente. A lo mas debia ser una especie de virey, cuya única misión fuera administrar la España y tener sus fuerzas y recursos á disposición de la política francesa. La ambición constante de Luis XIV desde que tomó en sus manos las riendas del gobierno, la anexión á la Francia de la vastísima monarquía española, parecia haberse por fin realizado, y satisfecho dijo Luis al nuevo rey en el momento de la despedida: «Nadie podrá resistir á nuestros reinos unidos.»

El nuevo rey pisó el suelo español en los primeros dias del año 1701. Por de pronto dejó el gobierno en manos del cardenal Portocarrero; prueba de que este hombre tenia realmente la confianza del rey de Francia; y además no se tomaba ninguna resolución importante sin consultar primero á la corte de Versalles, tanto que Luis XIV llegó á decir que trabajaba mas en los asuntos de España que en los de Francia. A todos los consejos de ministros en Madrid asistía el embajador francés Harcourt, al cual agregó Luis en el verano del mismo año dos ministros mas: Marsin y Blécourt, de modo que en Madrid habia un ministerio francés completo. Así es que pudo escribir Luis XIV á su nieto Felipe V: «Estoy satisfecho, pues que habeis cumplido con todo lo que os prescribí, y en las comunicaciones que se os dirigirán en nombre mio, vereis lo que he considerado conducente á la buena marcha de vuestros negocios. No perdaís tiempo y ejecutad lo que os encargo.» Es el lenguaje de un soberano á su lugarteniente; pero aun hubo mas: todos los gobernadores y vireyes de España recibieron orden de obedecer y cumplir las disposiciones que el monarca francés tuviese á bien comunicarles, del mismo modo que si recibieran las órdenes de Madrid; y los embajadores y representantes de España en las cortes extranjeras recibieron efectivamente sus instrucciones directamente de Luis XIV. Así era verdad que ya no habia Pirineos.

Las circunstancias siguieron favoreciendo los ambiciosos planes de Luis XIV y afirmando la corona de España en las sienes de Felipe V. El príncipe elector de Baviera, Maximiliano Manuel, que gobernaba en calidad de virey español los Países Bajos católicos, cuya pérdida la Francia temía mas, estaba reñido desde mucho tiempo á causa de la sucesión con la corte de Viena á quien llegó á acusar de haber envenenado á su hijo; de modo que se pasó tan resuelto á

la Francia, que no solamente le rindió homenaje como virey español, sino también como príncipe del imperio, en cambio de los territorios que en caso de guerra con el Austria conquistaría con el auxilio de la Francia, así como del Palatinado rhiniano que se quitaría á sus parientes de la línea de Neuburg. Entró también en este convenio traidor el hermano del elector, aquel príncipe de la Iglesia, arzobispo y príncipe elector de Colonia, José Clemente, que debía este elevado puesto únicamente á la influencia del emperador, y que ahora también le hizo traición á él y al imperio á despecho de la oposición violenta del cabildo de su catedral y de los representantes del país. Lo mismo hicieron otros dos magnates del imperio alemán, los duques de Brunswick y de Wolfenbuttel, resentidos de la preferencia que el emperador había dado á la línea menor de su familia, ó sea la de Hannover, para el nuevo electorado. Ambos duques se pasaron á la Francia poniendo en pié de guerra un fuerte ejército gracias á subsidios franceses.

La Italia española, es decir, Nápoles y Sicilia, no hicieron más resistencia que la Bélgica y reconocieron al nuevo rey borbónico. Los duques de Saboya y de Mantua hacia tiempo que eran aliados de la Francia, y como vecinos del importante ducado de Milán dejaron que un ejército francés entrara en el país y en la capital, cuyo gobernador, el príncipe Lorenés de Vaudemont, lo recibió perfectamente. ¡Cuán pocas raíces había echado la dinastía de Habsburgo durante los dos siglos que había ocupado el trono de España!

El Portugal, contento de ver garantida de nuevo su independencia en el testamento de Carlos II, se obligó á defender á la España contra cualquier ataque.

Luis XIV no se durmió por esto. Desde el otoño de 1700 activó sin descanso sus armamentos. Las milicias hubieron de ingresar en sus filas para la defensa de las fronteras á fin de dejar disponibles 50,000 hombres de tropas regulares para el servicio de campaña, y además añadió al ejército otros 50,000 infantes y 16,000 caballos, de modo que la Francia tenía en pié de guerra un ejército activo de 200,000 hombres, al cual habían de añadir sus aliados 60,000 ó 80,000 más. Apoyado en semejantes fuerzas bien podía aguardar tranquilo el poderoso rey de Francia las resoluciones que tomara la corte de Viena.

CAPITULO II

LA GRANDE ALIANZA EN DESVENTAJA CONTRA LUIS XIV

La noticia del testamento de Carlos II no sacó al emperador por lo pronto de su equilibrio normal ni de su incomparable beatitud. Su consejero más capaz, el conde de Kaunitz, le excitó en vano á tomar una resolución; el emperador le contestó que Carlos tenía todavía por delante mucho tiempo de vida, y que antes de morir modificaría su testamento á favor de la familia de Habsburgo. Pero á medida que las noticias sucesivas respecto de la salud del rey de España fueron siendo más graves, empezó Leopoldo á despertar poco á poco de su seguridad soberana é hizo notificar al gabinete de París su disposición á entrar en negociaciones sobre la base de la repartición de la monarquía española. Ya era tarde, porque casi simultáneamente llegaron una tras otra á Viena la noticia del fallecimiento de Carlos II, la de la proclamación de Felipe V en España, y la de la aceptación del testamento por el gabinete de Versalles.

En tan críticos momentos y en medio del desaliento general, Leopoldo I mostró una energía que nadie habría esperado de él. La razón era que arrebatándole la herencia

española se atacaban, según su modo de ver, sus derechos más sagrados, derechos que emanaban directamente de Dios mismo, y en casos tales no era Leopoldo hombre de hacer concesiones. Valor necesitaba para retar solo sin aliados poderosos á la Francia, la España, Portugal, Saboya, Mantua, Baviera, Colonia y Brunswick, es decir, para arrojarle á luchar contra toda la Europa neo latina y una parte notable de la germánica. Contaba, sí, con el auxilio de sus tres protegidos, los soberanos de Brandeburgo ó sea de Prusia, de Hannover y de Sajonia; pero aunque realmente le ayudasen y pusiesen á su servicio 40,000 hombres, que era todo lo que podía esperarse de ellos, ¿qué sería esto en frente de tantos enemigos?

Por lo pronto, á principios de 1701, protestó contra el testamento, y mandó reunir un ejército, que debía principiar por apoderarse del Milanesado; pero este adversario poco trabajo habría dado á Luis XIV si no se le hubiera suscitado otro más temible, Guillermo III, el cual no necesitó que la embajada enviada por el emperador llamara su atención sobre el peligro que ofrecía para la libertad política y religiosa de Europa el aumento colosal del poder de los Borbones, porque en su correspondencia con sus amigos en noviembre de 1700 había expresado ya su pena é indignación por la descarada violación del tratado de repartición por la Francia.

Por el momento tenía Guillermo las manos atadas. La Holanda gemía bajo la carga abrumadora de grandes deudas y además la desanimaba la actitud desfavorable á la guerra de la nación inglesa, que se felicitaba hasta de la subida al trono de España del duque de Anjou, porque tenía la esperanza de que Luis XIV compraría el beneplácito de las potencias marítimas con nuevas y pingües concesiones mercantiles y algunas territoriales importantes. Una opinión idéntica prevalecía también en Holanda. De todos modos se prefería en ambos países el establecimiento de una línea segunda francesa en la España no desmembrada, á la cesión directa á la Francia de los Países Bajos españoles y de la Italia española como se estipulaba en el tratado de repartición. Las elecciones para la cámara de los comunes se hicieron á principios del año 1701 bajo la impresión general de que Guillermo había perjudicado los intereses nacionales ingleses para favorecer al emperador; y así salió una mayoría tory.

En tan críticas circunstancias, Guillermo había perdido ya toda esperanza de poder oponerse al invencible rey de Francia, cuando este mismo allanó á su eterno adversario el camino de lograr su intento. Poco habría costado á Luis XIV obtener la neutralidad de las dos potencias. Habría bastado para ello un pequeño simulacro de condescendencia juntamente con un poco de destreza; pero Luis, envaletonado y henchido de orgullo á causa del magnífico éxito de sus ambiciosos proyectos, ya no se acordaba de los reveses sufridos en los últimos diez años y se presentó á la edad de 62 años tan brutalmente insolente y despreciador de todo derecho ajeno como se había mostrado á los veinte y á los cuarenta. Se conocía que los descalabros sufridos en la última guerra no le habían servido de escarmiento; que había cedido á la necesidad, pero no había cambiado su índole, porque á la sazón no podía culpársele á ningún Lyonne, Colbert ni Louvois del incalificable descaro de la política francesa. La raza de los grandes ministros se había extinguido, y entonces menos que nunca dejábase guiar Luis por consejos de otros. Torcy, su ministro de negocios extranjeros, con todo su talento y destreza de diplomático no influía para nada en el ánimo del rey, á causa de su juventud; Pouchtrain, el canciller, á pesar de sus grandes dotes no tenía

tampoco influencia por su ambición inquieta y su constante envidia; Chamillart, el protegido de la Maintenon, á la vez ministro de hacienda y de la guerra, era tan nulo en un ramo como en el otro, y lo mismo sucedía á los otros dos ministros, los duques de Beauvilliers y de Chevreuse, hombres devotos, voluntariosos pero sin talento. Claro es que entre tales hombres no había idea ni resolución que no procediese directamente del rey.

A principios de febrero de 1701 Luis XIV, en lugar de halagar y contentar á las potencias marítimas, les mostró lo que podían esperar de él en la prosperidad, teniendo á su disposición y manejando los asuntos de España. A consecuencia de un convenio entre España y Holanda, esta daba guarnición á las fortalezas meridionales de la Bélgica para asegurar mejor todos los Países Bajos contra cualquier ataque por el lado de la Francia. Pues bien, sin aviso previo y en connivencia con el príncipe elector, lugarteniente del rey de España, las tropas francesas sorprendieron en una sola y misma noche á todas estas plazas y sus guarniciones, las cuales fueron llevadas prisioneras. Como de costumbre motivó Luis este acto de fuerza diciendo que se veía amenazado por la república holandesa; y esta, aislada como se hallaba, tuvo que comprar la libertad de sus mejores regimientos con la renuncia del derecho de guarnecer las citadas plazas, y con el reconocimiento de Felipe V como rey de España. A haber podido contar con la cooperación inglesa, otra cosa hubiera hecho.

Guillermo III vió en toda su intensidad el peligro que amenazaba al mundo en la monarquía universal del rey Borbon, y resuelto como siempre á oponerse á ella, no se dió punto de reposo hasta lograr interesar en su proyecto á la nación inglesa. En este trabajo lento, prudente, tenaz, hábil y sagaz, que por sí solo basta para hacer á su autor célebre por todos los siglos, fué valerosamente auxiliado por Heinsius, gran pensionario de Holanda, cuyo talento, patriotismo y fidelidad jamás se apreciarán bastante.

Puestos de acuerdo, dispusieron que los Estados Generales de los Países Bajos solicitasen el apoyo del gobierno inglés en las negociaciones que se estaban siguiendo en el Haya con el gobierno francés por medio de su representante acreditado cerca de la república, sobre las seguridades que se habían de dar á esta última después de renunciar al derecho de guarnición en las fortalezas belgas citadas. A esto no podía negarse el parlamento inglés, porque la solicitud se hacía conforme y en virtud de antiguos tratados de defensa mutua entre ambos países, y así quedó autorizado el gobierno inglés á tomar parte en las citadas negociaciones.

Hecho esto, era preciso asegurar la sucesión al trono de Inglaterra que convenía recayera en una familia protestante; porque no teniendo sucesión el rey Guillermo, y habiendo muerto el único hijo de su heredera presunta, la princesa Ana, y con él el último miembro protestante de la familia Estuarda, quedaba el trono vacante si aquella princesa y Guillermo morían. Designóse pues para heredera de la corona de Inglaterra la casa de Hannover que descendía por una de sus ascendientes del rey Jacobo I.

Estando las cosas así, no tardaron en agriarse las negociaciones que se seguían en el Haya, porque Luis XIV, enterado de las inclinaciones pacíficas del partido tory que dominaba en el parlamento inglés, se negó á toda concesión de su parte. Lo que pedían la Holanda y la Inglaterra era sin embargo tan modesto y tan racional, comparado con las ventajas estipuladas en los dos convenios de repartición, y tan conforme con los intereses de ambas naciones, que en ninguna de ellas se alzó la menor objeción contra ello.

Pedían las dos potencias amigas que la Francia retirara

inmediatamente sus tropas del territorio belga y que concediera á la Holanda el derecho ampliado y nuevamente garantido de guarnecer y fortificar las plazas más convenientes en la frontera meridional de Bélgica, y á la Inglaterra el mismo derecho respecto de las dos plazas marítimas belgas de Nieupoort y Ostende. Además solicitaban para los súbditos de ambos países las mismas ventajas mercantiles en España que se habían concedido á los franceses; y finalmente exigían de Luis y de Felipe V, una declaración en la cual se obligasen solemnemente á no reunir jamás en una sola las dos monarquías francesa y española, y á indemnizar al emperador por sus derechos á la herencia española con algún territorio de esta última monarquía.

La Holanda, en apoyo de sus intereses nacionales, preparó un ejército de 103,000 hombres; pero la mayoría tory de la cámara inglesa, en lugar de imitarla, dejó pasar en la inacción muchas semanas, que hubieran podido decidir de la suerte de Europa por muchos decenios, y quizás para siempre, disputando con los ex ministros whigs y con la mayoría whig de la cámara de los lores sobre puntos fútiles; y cuando Luis XIV en vista de esta inacción se negó rotundamente á todas las exigencias políticas de las dos potencias, dejando entrever que á lo más entraría en negociaciones sobre tratados de comercio, votó la cámara de los comunes para el monarca la ridícula suma de 300,000 libras esterlinas para el armamento en pié de guerra.

Naturalmente creció con esto la arrogancia del rey francés de día en día. Pidió que el embajador inglés solo asistiera á las conferencias del Haya sin voz ni voto, pretensión que rechazó la república holandesa con indignación, declarando á la Inglaterra con gran energía que jamás haría convenio alguno sin ella, pero que en cambio esperaba de ella su auxilio de aliada en el caso que la Francia se empeñara en no cumplir los tratados existentes. El comportamiento brutal é insolente del monarca francés había excitado entre tanto la opinión pública de Inglaterra, hasta tal grado que los mismos tories, para conservar su prestigio, hubieron de acceder en mayo de 1701 á lo que pedía la Holanda de su aliada, y ofrecer al rey su auxilio para el sostenimiento de la paz europea.

Así logró Guillermo arrastrar poco á poco á la Inglaterra, á pesar suyo, á la política anti francesa; y fundándose en la última votación de la cámara de los comunes respecto del apoyo en favor de la paz general, solicitó la asistencia de un plenipotenciario del emperador á las conferencias del Haya, no obstante que á la sazón el emperador estaba ya en guerra con la Francia. El embajador francés, conde de Avaux rechazó rotundamente la exigencia de Guillermo III.

Mientras se iban ensanchando cada día más las diferencias entre las potencias marítimas y la Francia por cuestiones puramente políticas, se pasaba en el terreno mercantil á una hostilidad declarada; porque en lugar de concederse las ventajas mercantiles prometidas á los holandeses é ingleses en el segundo convenio de repartición, tomaba el gobierno francés disposiciones para excluir definitivamente á estas dos naciones de todo comercio con las colonias españolas, en provecho exclusivo de los negociantes franceses, que en su consecuencia se ocupaban ya en la formación de sociedades que con privilegio exclusivo de Felipe V debían explotar las colonias y establecimientos españoles en América, África y Asia.

Para comprender todo el efecto que semejantes medidas produjeron en Inglaterra y Holanda, es preciso tener presentes los celos implacables con que en aquella época se miraban estas tres naciones del Occidente en todo lo relativo á intereses mercantiles, que en realidad eran la base casi